



SEIS RAZONES PARA SEGUIR LEYENDO A GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ*

Six reasons to keep reading Gabriel García Márquez

*Rigoberto Gil Montoya***

* Conferencia dictada con ocasión de los 40 años de la Universidad Católica de Pereira, el día 7 de febrero de 2015

** Escritor pereirano, profesor de la Universidad Tecnológica de Pereira. Contacto: rigoroso15@gmail.com



SEIS RAZONES PARA SEGUIR LEYENDO A GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

Para citar este artículo: Gil Montoya, Rigoberto (2015). “Seis razones para seguir leyendo a Gabriel García Márquez”.

En: Revista Académica e Institucional Páginas de la UCP, N° 98: p5-18.

Debo agradecer la invitación que me hicieron las directivas de la Universidad Católica para estar aquí, en esta bella biblioteca “Cardenal Darío Castrillón Hoyos”, que en buenahora dirige Judith Gómez. Estamos hoy celebrando los cuarenta años de fundación de la vida académica de esta universidad en la que hace un tiempo atrás fui profesor y donde me permitieron desarrollar una labor docente en la carrera de Comunicación Social y Periodismo. Fue el momento en que conocí la bondad y sabiduría del padre Álvaro y en el que pude aprender de su hondo conocimiento de la vida y de la filosofía cristiana.

Debo agradecer también la presencia de los amigos que están acá entre nosotros, profesores, colegas y, por supuesto, a ustedes que en gran medida son personas muy jóvenes y que han venido hasta aquí con el deseo de escuchar seis razones –podrían ser muchas más– para seguir leyendo a Gabriel García Márquez.

En el marco de los cuarenta años de la fundación de la Universidad Católica la directora Judith me preguntó qué tema podríamos tratar para una ocasión tan especial y de inmediato pensé que a raíz de la muerte de García Márquez en 2014, acaecida en Ciudad de México, podría ser un momento especial para afirmar la importancia de un autor más allá del asunto mediático, más allá del hecho conocido por todos de que es un escritor colombiano, de la Costa Caribe, y el único escritor del país que hasta el momento ha recibido el premio Nobel de Literatura. Recordarán ustedes que recibió este galardón en Estocolmo en 1982. Eso fue maravilloso para

Colombia, si tenemos en cuenta que la década de los ochenta fue terrible para el país. Recordemos que fue el momento en que el narcotraficante Pablo Escobar y su emporio le declaró la guerra al Estado; fueron los años de las muertes brutales de Rodrigo Lara, Guillermo Cano, Héctor Abad Gómez y Luis Carlos Galán. Fueron los tiempos oscuros del exterminio execrable, en serie, de los miembros políticos de la Unión Patriótica. Fueron los días del holocausto del Palacio de Justicia, cuando un grupo guerrillero, el M-19, se tomó ese sitio por la fuerza, generando una masacre de la que aún hoy la justicia se pregunta por los responsables. Fue también el tiempo del lodo y la inundación, cuando Armero y sus habitantes desaparecieron del mapa del país. Y en medio de esta enumeración escabrosa, lo que mejor recordamos y lo que nos da esperanza, es la ceremonia en la que Europa le concedía el Premio Nobel a Gabriel García Márquez. Quizá tengamos que esperar muchos años para que algo similar suceda, con todo y que nuestra literatura cada vez se afianza más en logros y contenidos.

Pensar en voz alta con ustedes en algunas de las razones por las cuales deberíamos leer a García Márquez, constituye una ocasión para reactualizar temas, para ahondar en la obra literaria del autor de Aracataca y no solo en la figura mediática; pensar en los logros estéticos de una narrativa incomparable, y no solo en los retratos que del autor se han hecho en revistas de vanidades. En fin: pienso en ustedes como un público joven, es decir, como un público de potenciales lectores, que pueden acercarse, con asombro de habitantes macondianos, a la obra

de un autor que logró crear un mundo extraño y tierno; un mundo de mujeres obstinadas y hombres alucinados, lo decía el propio novelista; un mundo donde la línea divisoria entre sueño y realidad es tan difusa, como la realidad misma de un país violento y contradictorio. Entremos en materia.

Gabriel García Márquez nació el seis de marzo de 1927 en Aracataca, Magdalena. Como buen fabulador y escritor, él siempre dijo que había nacido en 1928 y eso tiene un motivo, si se quiere ególatra, y además un motivo de razón histórica y es que siempre quiso que su nacimiento se vinculara con 1928, que fue el año en que sucedió la Masacre de las Bananeras: un momento histórico muy importante en el país, porque empezó a recrudecerse la violencia. Se cuenta que una compañía, la United Fruit Company, aliada con el Ejército nacional, una larga noche decidió atacar a trabajadores bananeros inconformes de la ciénaga del Magdalena.

Se han tejido muchas leyendas en torno a esa noche, en particular sobre el número de muertos. Más allá de los análisis de historiadores y sociólogos sobre dicha *masacre*, la verdad es que no hay documentos claros que determinen cuántos fueron en realidad los muertos. Unos dicen que fueron ocho los trabajadores asesinados; otros dicen que fueron doce; otros que cincuenta. En fin: lo cierto es que ha sido difícil ponerse de acuerdo en una cifra. Curiosamente, a raíz de la publicación de la novela *Cien años de soledad* en Argentina en el año sesenta y siete, hubo una versión que escapó del mundo ficcional y se sembró para siempre en nuestra realidad histórica. Allí, en esa memorable novela, se narra, casi al final, que en la plazoleta de la estación de tren de Macondo se contaron tres mil muertos, luego de que el ejército empleara “catorce nidos de ametralladoras” para acallar

una inmensa protesta de los trabajadores del banano. Esto se dice cuando uno de los Buendía, José Arcadio Segundo, quien despierta encima de un cargamento de cadáveres, en un tren de doscientos vagones en movimiento, un tren “interminable y silencioso”, que iba rumbo al mar, retorna maltrecho a Macondo y llega hasta la casa de una mujer que sostiene en brazos a un niño. Como aún metido en un sueño, José Arcadio le dice a la mujer que fueron como tres mil los muertos. Él fue testigo de ese momento. La mujer y otros vecinos más le dirán a este hombre que ha regresado de la muerte que en Macondo no hubo ni habrá muertos, pues en Macondo nunca pasa nada. Una metafórica forma de sellar una memoria de olvidos y yerros. Esta metáfora y muchas otras que pueblan el universo del hijo de un telegrafista y de Luisa Santiago, son razones suficientes para retornar a ese mundo real, fantástico y absurdo que García Márquez tejió en su amplia narrativa y en su larga experiencia como periodista.

Primera razón

Cuando Gabriel García Márquez tenía apenas veintitrés años de edad y empezó a escribir sus primeros cuentos, de inmediato renovó, quizá sin saberlo, la forma en que se hacía literatura en Colombia y la manera como ésta era concebida por intelectuales y periodistas que solían hacer política o estar muy cerca de los centros de poder. Lo primero que hizo fue preguntarse qué tipo de literatura se hacía en su país y si él quería seguir haciendo lo mismo. Fue un revolucionario para su tiempo, como lo fueron algunos de sus amigos del Grupo de Barranquilla. Y los tiempos no eran los mejores: se vivía la Guerra civil del 48, cuando asesinaron a Gaitán en pleno centro de Bogotá y el país se concentró en una lucha ideológica sangrienta, hasta muy entrados los años setentas, que derivó en la conformación de las guerrillas rurales y urbanas.



Cuando tengo ocasión de hablar de Gabriel García Márquez siempre hago énfasis en que el García Márquez importante es ese muchacho que en 1947 sólo tiene veinte años. Estudió Derecho en la Universidad Nacional de Bogotá, pero se inició la Guerra civil tras el asesinato de Gaitán, a escasos metros de la Avenida Jiménez y este hecho nefasto hizo que el escritor regresara a su tierra, a la Costa Caribe y emprendiera el oficio del periodismo y de ahí saltara al cultivo de la literatura, influenciado por sus amigos bohemios del Grupo de Barranquilla.

García Márquez fue un testigo particular del asesinato de Gaitán. En sus memorias *Vivir para contarla*, narra ese instante de la muerte del líder liberal y se atreve a lanzar su hipótesis sobre esa muerte. Lo que primero hace es desmentir la versión oficial. Para García Márquez Juan Roa Sierra fue un chivo expiatorio; él no fue el asesino de Gaitán, asevera. Para él fue otro hombre a quien alguien (o quizá todo un sistema) protegió y le permitió que pudiera escaparse sin problema.

Testigo de aquel momento, nuestro joven escritor vivía muy cerca del lugar donde cayó el cuerpo de Gaitán. Vivía en una pensión de la Candelaria y cuando se regó la noticia de la muerte de aquella figura emblemática, García Márquez se acercó al lugar de la tragedia. Cuenta en sus memorias que fue testigo del momento en que una persona muy bien vestida le ordenaba a otro asesinar a Gaitán y determinó el momento en que podía retirarse de la escena del crimen para crear a su vez otro escenario de representación con otro señalamiento. Allí aparece Juan Roa Sierra, ese sujeto anónimo, enclenque y con problemas de autoestima, según un testigo de época, el cronista Felipe González Toledo. Ahora bien, esa idea de que pudo haber sido otro el asesino no la sostuvo solamente García Márquez. En

esa hipótesis coinciden otros intelectuales y políticos que estuvieron cerca de la escena del crimen.

Por aquella época a García Márquez su padre le había regalado la primera máquina de escribir. Pero como buen costeño era muy parrandero y en algún momento tuvo que empeñar la máquina de escribir para poder continuar la fiesta con sus amigos de pensión. Sucedió que tras la muerte de Gaitán su máquina desapareció de la tienda de empeño. La buscó como loco; fue hasta la tienda para comprobar, dolorosamente, que su máquina de escribir había sido parte del saqueo de la ciudad. Esa pérdida, permítanme lanzar una hipótesis, es el inicio de su aventura literaria. Puesto que pierdo mi primera máquina de escribir, pareciera él decir mientras relee *La metamorfosis* de Kafka, inventemos un mundo habitado por máquinas: la de la memoria, la del artificio, las del bienestar, las musicales, la del péndulo, la del tiempo, la de la máquina de coser con manivela, la de la ilusión, es decir, la del cine; la del fonógrafo y la que era capaz de producir el hielo.

Estamos hablando de un muchacho que empieza a escribir una literatura muy extraña, por innovadora, para la época. Empieza a escribir una serie de cuentos, no son muchos, que publica en las páginas de *El Espectador*. En ese momento un escritor y periodista muy reconocido en Colombia, Eduardo Zalamea (su seudónimo era Ulises), autor de la novela *Cuatro años a bordo de mí mismo*, invitó a los jóvenes escritores y a los que no lo eran tanto, a que le enviaran sus cuentos, que él se comprometía a publicar en *El Espectador* siempre y cuando estuvieran bien escritos y guardaran algunas de las características del género. García Márquez fue uno de los que atendió el llamado.

De todos esos cuentos iniciales quizá el más interesante, sobre todo por la forma en que el propio autor confiesa cómo estructuró su texto, cómo trabajó en él de manera consciente, sea el titulado “La mujer que llegaba a las seis”. García Márquez confiesa en 1952, cuando vuelve a publicar este texto en el suplemento *Fin de semana* de *El Espectador*, que ese cuento parece más de Hemingway que de su autoría. Esta confesión abre las puertas a la Modernidad literaria en Colombia. Nuestra literatura no fue la misma después de eso que podemos llamar, apoyado en palabras de Harold Bloom, la angustia de las influencias.

Hasta los años cincuenta los escritores colombianos estaban influenciados, sobre todo, por la literatura francesa y en especial por el movimiento del Romanticismo. García Márquez se rebela y amplía la influencia de la tradición literaria al ámbito norteamericano y desde allí renueva considerablemente el ejercicio de una escritura para el país. Por eso no extrañó que en 1982, cuando recibió el premio Nobel, García Márquez expresara: <<Un día como el de hoy, mi maestro William Faulkner dijo en este lugar: “Me niego a admitir el fin del hombre”>>. Allí evidencia justamente unas filiaciones, unos autores en cuyas obras encuentra los motivos de sus propias búsquedas estéticas y literarias. De esta época surge una especie de núcleo narrativo muy interesante. Recuerden que es la época en que escribe un texto renovador en su estructura, *La hojarasca* (1955). Allí se narra la historia de un cadáver desde diversos puntos de vista. Escribe *Relato de un naufragio* (1955), al mejor estilo del Hemingway de *El viejo y el mar*. Sin saberlo, García Márquez inauguraba el género de la no-ficción para América Latina. Luego va a contarnos una historia maravillosa, aunque con un tono un tanto triste, la de *El coronel no tiene quien le escriba*. Es una novela breve de 1961.

Ese personaje del coronel es un hombre digno, es un hombre que está esperando una pensión como veterano de la guerra y nunca le llega; un personaje que además no quiere que las gentes de su pueblo le tengan lástima y por eso busca que toda esa miseria en la que vive no sea tan evidente. En el ocultamiento de su realidad se hace fuerte y memorable.

Segunda razón

Gabriel García Márquez es un explorador de su época en nuevas formas narrativas y en su amplia obra se consigue una extraña fusión de dos grandes tradiciones literarias: la europea, que es la que alimenta los universos poéticos de sus antecesores (Jorge Isaacs, José Asunción Silva, José Eustasio Rivera, Tomás Carrasquilla) y la norteamericana, con la cual instala, en América Latina, el estilo directo, el trabajo de inmersión, la indagación con las fuentes y la necesidad de nombrar lo propio con recursos diversos. En otras palabras: García Márquez narrador es la mezcla de Balzac, Stevenson, Conrad, Virginia Woolf, Hawthorne, Hemingway, Faulkner y Capote. Sus obras son un híbrido entre ficción pura y realidad pura; basta leer, para comprobarlo, obras como *Relato de un naufragio*, *Cien años de soledad*, *Crónica de una muerte anunciada*, *Del amor y otros demonios* y *Noticia de un secuestro*.

Hay algo esencial en la literatura de García Márquez que lo hace único y es la mezcla entre periodismo y ficción. En este autor no hay dos escenarios o dos fórmulas. No se podría decir que por hacer periodismo él fue menor en ese ejercicio y al otro, al de la construcción de sus obras literarias le dedicara todo sus esfuerzos. La prueba de ello es la escritura temprana de *El relato de un naufragio*. Apareció como libro por primera vez en 1970, pero fue publicado inicialmente por entregas, a manera de folletín, en las páginas de *El Espectador* en el año 55. Y fue



todo un éxito. Los ejemplares de esas ediciones especiales se vendían como pan caliente.

La historia se centra en las peripecias de un hombre de apellido Velasco, que logra sobrevivir por varios días a las inclemencias del mar Caribe. Este hombre busca a García Márquez y le narra su historia personal. Para el periodista la historia, que ya había sido contada de muchas maneras, con la vanidad propia de quien se sentía un héroe, se hace interesante cuando descubre las causas del naufragio: por sobrepeso de la embarcación. Y el sobrepeso se debía al contrabando que transportaban en esa embarcación que ondeaba una bandera oficial. Unas fotografías revelan el asunto y García Márquez se apoya en esos documentos, en esas pruebas históricas para destapar un escándalo que conmocionó a la sociedad colombiana de la época.

Guillermo Cano, entonces director de *El Espectador*, fue quien animó a García Márquez en la empresa de contar la historia de un naufrago. Ese texto García Márquez lo escribe a los veintiocho años de edad. Fue capaz de escribir un texto mezcla de periodismo investigativo con literatura de aventuras. Esa fina mezcla, esa afortunada fusión de géneros, hace que uno piense primero que la literatura de García Márquez está influenciada por dos tradiciones muy fuertes: la norteamericana y la francesa, que es tanto como decir, la de Dos Passos y Hemingway, más la de Balzac y Baudelaire. Con un toque mágico que extrae del cine italiano: el neorrealismo de Vittorio De Sica, el autor de *Ladrón de bicicletas*. De ahí a que luego pase a escribir un texto fabuloso como *La aventura de Miguel Littín clandestino en Chile* (1986), hay solo un paso. Un libro que servirá de memoria para recordar lo que significó la dictadura de Pinochet para los chilenos. Como servirá de memoria, para nosotros, otro libro de García Márquez:

Noticia de un secuestro. La memoria que nos liga a una época cruenta y absurda: la que lideró el narcotraficante Pablo Escobar Gaviria en la década de los ochenta. El secuestro masivo de periodistas y personajes pertenecientes a la clase alta de este país, le sirven al escritor para hacer la radiografía de una nación frágil, a partir de la sombra terrible de un criminal, Pablo Escobar, descrito en el libro como un habitante más de Macondo:

Tenía el cabello largo hasta los hombros, una barba muy negra, espesa y áspera, que le llegaba hasta el pecho, y la piel parda y curtida por un sol de páramo. Era rechoncho, con zapatos de tenis y una chaquetilla azul claro de algodón ordinario, y se movía con una andadura fácil y una tranquilidad escalofriante. Villamizar lo reconoció a primera vista sólo porque era distinto de todos los hombres que había visto en su vida.

Cuando leemos a García Márquez lo leemos con fruición porque encontramos que es profundo en el tratamiento de los temas, pero al mismo tiempo hay como una levedad en el tratamiento de tales asuntos, una levedad en el buen sentido, quiero decir: el lector se sumerge en sus historias, se deja envolver, se entrega al relato. Esa experiencia de narrar, sin duda, la acumula en una de sus grandes obras: *Crónica de una muerte anunciada* (1982). Me parece que es la obra esencial, porque en ella logra jugar con los elementos más profundos de lo que podríamos llamar, citando a Ángel Rama, *la edificación de un arte nacional y popular*. En esta obra prima la obsesión por el tiempo, la obsesión por temas tan difíciles de tratar en la literatura como el honor, el prejuicio, la violencia en la que un colectivo es testigo, aunque se imponga el destino ineludible que conduce al individuo hacia la muerte.

Tercera razón

El papel que jugó Gabriel García Márquez en el denominado *boom* latinoamericano fue esencial. Un protagonismo que se lo reconocen hasta los propios autores del *boom*. Pensemos en el temprano trabajo que Mario Vargas Llosa escribió sobre el autor colombiano. Se tituló *Gabriel García Márquez, historia de un deicidio*. En la obra del autor nacido en Aracataca se condensa una idea general de lo que es América Latina. Una idea que toca con lo exótico, lo extraño, lo desmesurado, lo irracional y lo popular. Y claro, obras como *Cien años de soledad*, *El otoño del patriarca*, *La hojarasca* y *El coronel no tiene quien le escriba* corroboran esa desmesura, ese universo tan ajeno al mundo de la racionalidad cartesiana, pero tan vívido e interesante en su singularidad y en sus profundas subjetividades. Por eso no extraña que muchos extranjeros lleguen al país con el deseo de conocer Macondo, como nosotros deseamos viajar a España para conocer los molinos de viento que agitaron la locura de Don Quijote de La Mancha.

Cuando hablamos del *boom* Latinoamericano, nos referimos a un momento muy especial en el ámbito cultural de América Latina. Este fenómeno se da en los años sesentas; empieza más o menos en 1962, cuando Carlos Fuentes publica en México *La muerte de Artemio Cruz* y termina aproximadamente trece años después, cuando en 1975 García Márquez publica *El otoño del patriarca*. En este lapso la literatura nuestra, la latinoamericana, es valorada en el exterior, traspasa lo local y aquellos procesos literarios que sólo se conocían parcialmente y que ni siquiera eran motivo de diálogo entre países vecinos, cobra una presencia inusitada. En esta presencia, desde luego, interviene el azar, pero también la necesidad de unos escritores de hacerse visibles, de hacer circular sus obras por fuera de sus países de origen. Las estrategias

publicitarias y de mercado no se hicieron esperar. Autores como Vargas Llosa, Donoso, Fuentes y García Márquez se congregaron en un congreso en Chile y allí decidieron, como lo cuenta José Donoso en su libro *Historia personal del Boom*, que debían tener un agente literario, alguien que pudiera hablar por ellos, hiciera mercado con sus libros y catapultara sus obras en Europa. Es allí cuando aparece la catalana Carmen Balcells, una mujer muy talentosa en el mercado de los libros, a quien García Márquez, años después de una honda amistad con ella y su familia, le dedica su novela *Del amor y otros demonios*. Esa dedicatoria es muy sugerente: “Para Carmen Balcells bañada en lágrimas”.

En este *boom* literario, la fama y el prestigio de García Márquez son los más evidentes. Bastó que publicara *Cien años de soledad* en 1967 para que esta novela empezara a venderse como perros calientes (la expresión es de García Márquez). Ese hecho no deja de sorprender, porque *Cien años de soledad* es un libro complejo; no es un libro fácil de leer, debemos decirlo, porque es un libro donde hay un trabajo con el lenguaje supremamente profundo y donde la relación con el tiempo de la historia y con el tiempo de la novela se torna onírico, casi irreal. Además la estirpe de los Buendía vive en la locura y si a eso le agregamos que todos se llaman Arcadio José, José Arcadio, Aureliano Buendía, Aureliano Cola de cerdo, Aureliano Babilonia, y que nadie en la casa de Úrsula Iguarán pareciera vivir con los pies sobre la tierra –salvo ella, que tiene que comportarse como coronela para lograr un cierto orden familiar–, la novela, digo, no es fácil de asimilar en su compleja estructura, en esa forma inicial de anunciar un tiempo que vendrá y donde la memoria y el recuerdo tejerán la trama en un presente indeciso.

Con todo, esa novela del hijo de Aracataca tiene una magia que atrapa desde el primer momento;

esa magia recuerda el tono sentencioso, apocalíptico de *La Biblia*, en una mezcla afortunada con el tono juvenil y expectante de los relatos de *Las mil y una noches*. Así que esa entrada genial de la novela: “Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo”, constituye una llave que abrirá la puerta para entrar en un territorio tórrido, de tensas calmas y extrañas cotidianidades, de augurios y designios, cuyo destino, de abandono y aridez, pareciera estar descifrado en la letra pequeña de los pergaminos del gitano Melquiades y en los subrayados de los libros que Ramón Vinyes, el sabio catalán, compartía con los chicos del pueblo. Esos mismos chicos que luego serán referente obligado en la cultura colombiana: Alfonso y José Félix Fuenmayor, Álvaro Cepeda Samudio, Germán Vargas Cantillo y Alejandro Obregón.

Hablar del *boom* latinoamericano es hablar de la obra de Gabriel García Márquez y con ella, de las obras de Cortázar, Vargas Llosa, Fuentes, Donoso y muchos más. Ese mundo realmaravilloso, donde no existe línea divisoria entre realidad histórica y ficción, consigue abrigar las búsquedas individuales de toda una generación de grandes narradores. Admitámoslo: después de este fenómeno literario, no parece haber sucedido nada extraordinario en la literatura en el ámbito latinoamericano. El Premio Nobel que se le concedió a Mario Vargas Llosa en 2010, parece confirmar esa sospecha. La mía no es una afirmación derrotista. Lo que más bien quiero decir es que los escritores del *boom* llevaron la expresión literaria a un estado muy alto. Las obras de estos autores, tipo *Rayuela*, *Yo, el Supremo*, *La región más transparente*, *La casa verde* y tantas otras, son, en sí mismas, grandes experimentos con el lenguaje, atrevidas

propuestas con las que los novelistas buscaron comprender y asimilar sus contextos. Lo que ahora hacen las más recientes generaciones de escritores, es adherirse a esos grandes logros estéticos y responder con nuevas obras y nuevas temáticas, para intentar estar a altura de lo que nos legaron los mayores.

Cuarta razón

Gabriel García Márquez consolidó un estilo, una forma de acercamiento a la realidad. No se inventó el “realismo mágico” ni “lo realmaravilloso” ni lo “mágico-realista”. Esas formas ya las habían experimentado y señalado escritores como Miguel Ángel Asturias, Alejo Carpentier y hasta el propio Rulfo. Sólo que el escritor costeño, el hijo de Luisa Santiaga y nieto de Gerineldo Márquez, logra convertir ese estilo en un relato entretenido, en una suerte de variación de *Las mil y una noches*. Sólo pensemos en cómo se narra y qué se narra en cuentos como “Un señor muy viejo con unas alas enormes” y “El ahogado más hermoso del mundo”. O pensemos cómo inicia *Cien años de soledad*, con ese acento bíblico, de génesis, propio de un libro mayor. Con un agregado: hay un aire de inocencia en lo que se cuenta, como si los personajes macondianos no comprendieran del todo sus vidas y vivieran en otras realidades menos densas, pero más difíciles de comprender en sus partículas elementales. Y Colombia tiene mucho de ese mundo ensoñado.

Hace apenas unos meses, en el programa *Los informantes* de Caracol TV, se contaba la historia de un pequeño islote, el Islote de Santa Cruz. Allí sus habitantes soportan una temperatura entre 28° a 35° centígrados. El islote está ubicado en el archipiélago de San Bernardo, que forma parte de la inspección de Cartagena, en el departamento de Bolívar. Este islote es famoso en Internet porque se dice que es el lugar más

poblado del mundo, porque en sólo una hectárea (menos de una cuadra) viven 1230 habitantes. Viven bien, en medio de la escasez, viven como si vivieran en la isla que recibe el cuerpo gigantesco de Esteban en “El ahogado más hermoso del mundo”. Estos isleños se dedican a la pesca y tal vez, cuando regresan de sus aparatosas jornadas en las aguas intranquilas del mar Caribe, en horas de la tarde, deben contarse, enumerarse y con ello deben dormir tranquilos, porque una vez más comprueban que están completos. Pero más allá de la realidad inventada por los medios y las redes, en Santa Cruz vive la mitad de la cifra que los hace famosos y viven allí como en una especie de Isla de Guilligan. A propósito del Islote de Santa Cruz, dijo Fernando Salinas, de la Corporación Aislados, una frase que pudo haber sido dicha por García Márquez: “Un barrio en medio del mar. Duermen tan juntos, que sueñan lo mismo”.

La noticia de Santa Cruz no me impactó, porque ese tipo de noticias son frecuentes en Colombia, donde es común que nuestra realidad se elabore a partir del uso del adverbio de cantidad “más”: el *más* violento, el *más* feliz, el *más* verde, el *más* complejo en conflictos internos armados, en fin: el *mejor* vividero del mundo, suelen decir.

Quinta razón

La obra de Gabriel García Márquez constituye una compleja mirada a las realidades políticas y sociales de América Latina. De ahí la vigencia de los temas que trató. En sus obras se ocupa de temas que aún hoy nos siguen preocupando como los excesos del poder político (*El otoño del patriarca*); la violencia y la desigualdad social (*El coronel no tiene quién le escriba*); el excesivo poder de compañías extranjeras en nuestro medio (*Cien años de soledad*); los desafueros del narcotráfico en Colombia (*Noticia de un secuestro*); las consecuencias del rencor y la venganza (*Crónica*

de una muerte anunciada). La mirada política de García Márquez se corroboró en su discurso del Nobel de 1982: en él hizo una perspectiva social y política de América Latina. Reconoce que es un continente sin medida, extraño, estafalario, tanto, que lo difícil para el escritor es emplear los recursos literarios apropiados para hacer real, verosímil lo que América Latina revela en su suelo.

García Márquez empieza en su discurso del Nobel afirmando de donde proviene nuestra literatura. Las fuentes de nuestras desmesuras verbales, sostiene, hay que rastrearlas en los Cronistas de Indias. Ya en esas miradas estafalarias y exóticas de los viajeros invasores se origina una mirada propia, como fuera de lugar, como extraña, pero a la vez muy cercana a una cultura sincrética.

Cuando García Márquez recuerda que hubo un navegante florentino que en su primer viaje por el mundo en compañía de Magallanes llegó a la América meridional y vio “cerdos con el ombligo en el lomo, y unos pájaros sin patas cuyas hembras empollaban en las espaldas del macho, y otros como alcatraces sin lengua cuyos picos parecían una cuchara”, señala que en este tipo de relatos estarían los *gérmenes* de nuestra literatura. Y no es para menos, porque Antonio Pigafetta, educado en las fantasías medievales y a lo mejor aterrado con las historias de dragones, brujas y espíritus malignos de los bosques profundos de la Italia de Dante, “Contó que había visto un engendro animal con cabeza y orejas de mula, cuerpo de camello, patas de ciervo y relincho de caballo. Contó que al primer nativo que encontraron en la Patagonia le pusieron enfrente un espejo, y que aquel gigante enardecido perdió el uso de la razón por el pavor de su propia imagen”. En el relato desafortunado de un extranjero nace una cercanía: la necesidad de contar a nuestra manera. ¿Y contar qué? En su discurso lo dejó muy claro:

contar los desmanes de realidades históricas muy críticas: los desaparecidos en la Argentina a causa de la Dictadura militar. Los jóvenes torturados por causa de la Dictadura militar en Chile. Los problemas de desplazamiento forzado en Nicaragua. Las locuras y excentricidades de los dictadores en México y Centro América. Los hijos que les han sido arrebatados a sus madres por los regímenes en cárceles donde dieron a luz. El discurso del Nobel colombiano es sumamente político y debería leerse en esa clave para comprender que la literatura, más allá de su compromiso con la búsqueda de la belleza y lo sublime, tiene un compromiso con las realidades históricas conflictivas.

Sexta razón

Gabriel García Márquez hizo de su producción literaria un rico universo de representación de la amplia cultura latinoamericana. A través de su labor literaria y periodística podemos explorar nuestras particularidades, nuestras identidades. Por ejemplo, en lo que implica la música, especialmente el vallenato, con toda esa herencia proveniente de los juglares medievales. Alguien dijo, quizá el propio García Márquez, que *Cien años de soledad* era un largo vallenato. No es posible olvidar lo que genera la figura de Francisco El Hombre en Macondo. En sus obras se puede advertir de qué se nutren las creencias religiosas, como producto de una variedad de culturas: la española (el cristianismo), la indígena (en especial de los guajiros, los wayú) y la africana (la santería, la brujería propia del mundo Caribe). En esta hibridación somos proclives a creer en todo, incluso en las apariciones de Jesús en la masa de los buñuelos, o en las humedades de las paredes, donde suele venerarse el Divino rostro. Gracias a este complejo sistema de creencias, los personajes de García Márquez hablan con los muertos (El coronel Aureliano Buendía con Prudencio Aguilar); se elevan por los aires

(Remedios, La Bella y “Un señor muy viejo con unas alas enormes”); tienen la capacidad de levitar (el padre Nicanor Reyna); tienen el encanto de convertirse en bellos muertos gigantescos que no se corrompen (“El ahogado más hermoso del mundo”); o tienen la capacidad de predecir, como los gitanos, lo que trágicamente sucederá (Úrsula Iguarán).

El espacio esencial de la narrativa de García Márquez es la provincia. Allí se advierte la atmósfera estancada, como si nada sucediera, o como si el tiempo allí se hubiera detenido. Pensemos en “Un día de estos” y en “La siesta del martes”. No es difícil vernos en ese espejo, ver nuestra propia realidad colombiana, como ese largo fenómeno de estancamiento, atraso y ambigüedad que se vive en un país centralista, insólito y sorprendente en la diversidad social y cultural de sus regiones.

Para terminar, quisiera dar respuesta a un par de inquietudes que algunos de ustedes han manifestado. La primera es la relación de García Márquez con el cine y la segunda, acaso más propia de la intimidad del escritor, la relación con su esposa Mercedes Barcha.

García Márquez tuvo un acercamiento intenso con el cine, porque él siempre consideró que el cine era una posibilidad muy grande para narrar. De hecho él intentó hacer cine cuando era joven y estuvo en Italia y se inscribió en alguna escuela, en un tiempo en que el neorrealismo italiano, a la cabeza de Vittorio De Sica, estaba en su furor. De hecho, su influencia de ese cine, a la manera de *Ladrón de bicicletas* o *Umberto D*, la vemos en obras como *El coronel no tiene quien le escriba* y *La hojarasca*. El escritor, que en los años cincuenta en Europa era corresponsal de *El Espectador* (hasta que la dictadura de Rojas Pinilla ordenó el cierre de este periódico) hizo un curso en el manejo de la moviola. Creo que siempre quiso

ser director de cine, pero no fue su campo. Lo suyo era la literatura. Y a pesar de los intentos de hacer guiones y de estar cerca de grandes directores y productores de cine en la Escuela de San Antonio de los Baños en Cuba que él ayudó a crear; a pesar de que haya escrito textos sobre esa experiencia de taller en la elaboración de guiones, como lo que hizo en su libro *Me alquilo para soñar*, considero que no entendió (o mejor, no logró traducir) las diferencias profundas que existen entre los dos lenguajes. Porque una cosa es el lenguaje para el cine, soportado en las imágenes, en la vertiginosidad del encuadre y en los silencios de esas imágenes, y otra cosa muy distinta es el lenguaje de la literatura, soportado en la metáfora y en la complicidad de un lector silencioso. García Márquez no desligó el lenguaje literario narrativo del lenguaje cinematográfico. En ambos lenguajes hay efectos distintos, incluso si la obra cinematográfica parte, en su raíz, de una historia literaria. De eso supieron mucho Hemingway y Faulkner, dos autores norteamericanos que García Márquez admiraba. Ahora bien, con respecto a Mercedes Barcha, podría decir que fue una persona esencial para ordenar la vida del escritor. El propio García Márquez hablaba de la complicidad con su esposa y de su discreta manera de vivir a su lado, ingeniándose las para tenerle siempre en su escritorio una flor amarilla. De hecho Mercedes Barcha habrá concedido sólo un par de entrevistas en su vida un tanto misteriosa. También hablaba del orden que le impuso a su vida, de la posibilidad que tuvo con ella de dedicarse al oficio de la literatura, mientras ella respondía por la economía de la casa, en épocas en que no resultaba fácil sobrevivir al día día. Hablo de sus tiempos de penuria en México, cuando en los años sesentas el escritor trabajó en varios oficios para sostener a su familia. Entre algunos de esos oficios está el de

guionista y publicista. Mercedes Barcha parecía una mujer a la sombra de García Márquez, pero quienes conocieron al escritor en la intimidad de su hogar, consideran que su presencia era muy fuerte y lo fue desde siempre, quizá desde que le pidió que fuera su esposa, como se desliza discretamente en *Crónica de una muerte anunciada*. “Para Mercedes, por su puesto”, leemos en la dedicatoria de *El amor en los tiempos del cólera*. Creo que esa dedicatoria lo dice todo, si tenemos en cuenta que en esta novela García Márquez le rinde un homenaje al amor eterno y contrariado de sus padres. Es como si en esa historia de sus padres, estuviera implicando su propia historia con una mujer de herencia guajira. Y decir herencia guajira es decir herencia wayú, donde parece estar el núcleo de ese mundo extraño e increíble que él supo narrar, donde suele ser cotidiano hablar con los muertos, recibir mensajes cifrados en los sueños, predecir el futuro de la destrucción y sobrevivir, casi de manera sobrenatural, al infortunio de la vida, siempre con la idea de que en alguna parte existe la felicidad. En esa felicidad postergada se ofrece el universo natural de Macondo y sus alrededores.

He ofrecido seis razones para seguir leyendo a Gabriel García Márquez. Podrían ser muchas más, lo sabemos. Quizá la más importante de todas es que en la obra de García Márquez se celebra la vida y se deja clara la filiación cultural y social de un país como Colombia al continente americano. Es decir, esta obra nos da un rostro y un contenido, la posibilidad de mirarnos en el espejo con sorpresa, no importa que, como le sucediera al *primer nativo que encontraron en la Patagonia*, ese gigante cortazariano enardecido, podamos perder el uso de la razón por el pavor de nuestra propia imagen.



Referencias

- García Márquez, Gabriel (1984). *Cien años de soledad*. Bogotá: Oveja Negra.
- García Márquez, Gabriel (1996). *Noticia de un secuestro*. Bogotá: Norma.
- García Márquez, Gabriel (2002). *Vivir para contarla*. Bogotá: Norma.
- García Márquez, Gabriel (2010). *Yo no vengo a decir un discurso*. Bogotá: Mondadori.
- Donoso, José (1972). *Historia personal del Boom*. Barcelona: Anagrama.